

en la cumbre de su devenir histórico. En el caso de España de aquel tiempo concurre por otro lado la circunstancia de que, a las altas cotas de valores humanos, hay que añadir la revulsión que supuso en todos los órdenes de la vida social el luminoso estallido del Renacimiento, nada “oscurantista” como es notorio. El flujo literario de los males que padeció hondamente aquella sociedad, evidenciados -a veces entre líneas- por observadores tan incisivos como Quevedo, no se aleja demasiado de la contestación encabezada en nuestro tiempo por John Osborne y sus “Jóvenes Rebeldes”. Lo que no obsta para que ambas sociedades fueran realmente, en su conjunto, avanzadas y brillantes...

Claro que todo aquel desmesurado aparato del Imperio lo sustentaba de manera muy precaria un estamento agrícola y rural a todas luces insuficiente. La carestía de los alimentos (por la escasez de brazos fue, sin embargo, el tiempo en que mejor pagada estuvo la agricultura) y las continuas gabelas impuestas sobre todo a los habitantes de la metrópoli, ayudan a reforzar esa imagen famélica y caricaturesca que tan bien conocemos a través de nuestros clásicos, fustigadores implacables de los pobres hidalgueros que se cosían las calzas con hilo verde. Pero, con todo, el panorama de las zonas rurales era menos sombrío del que modernamente se nos deja entrever. Cuando Cervantes escribe que Don Quijote y Sancho “descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo”, es lógico pensar que son muchos molinos para un solo paisaje y que, naturalmente, habría trigo y cebada que moler en

igual proporción. Es decir, que la penuria de aprovisionamientos para tan gran empresa extrapeninsular (problema que agravaba ciertamente la situación interior) no empequeñece los datos recogidos en el Archivo de Indias, las Atarazanas y la Casa de Contratación de Sevilla, suficientes para acabar demostrándonos que la sociedad española de aquel tiempo exultaba, pese a todo una laboriosa vitalidad interna. Cientos de galeones, transportando el mejor y más perfecto armamento ligero que utilizaron entonces los ejércitos europeos, fabricado en Vizcaya y Toledo suministraban al mismo tiempo los curtidos y la harina de La Mancha o de Tierra de Campos, las cecinas de Castuera, el aceite de Martos y Lucena, las mantas de Zamora y el vino de Sevilla (con este nombre se conocía al Jerez) a las guarniciones españolas destacadas en el Escalda y Centro Europa. La indumentaria de los Tercios de Flandes y de Italia llegaba exclusivamente de Béjar, Ubrique y Priego. Los astilleros de toda la Península trabajaban sin descanso. Más de cien mil cabezas de ganado ovino y nueve mil caballos procedentes de Córdoba y Sanlúcar tuvieron entrada en el puerto de Amberes durante la primavera y el verano de 1614, según un documento de la época que recoge otras expediciones importantes destinadas a Palermo, Veracruz y Cartagena de Indias. Por exigencias de la Contrarreforma, nos es dado conocer hoy al detalle las apretadas relaciones de libros salidos de las imprentas españolas en sólo cuatro años (españolas podían considerarse las de Amberes, Bruselas, Milán, México y Nápoles) así como los títulos preferidos en los Virreinos

